



El ladrón más elegante de la Historia.
El Pulitzer J.R. Moehring retrata en 'A plena luz' a Willie Sutton, célebre por su pulcritud a la hora de acometer golpes, porque nunca empleaba la violencia y porque logró escapar tres veces de prisión

EL ATRACADOR DE BANCOS QUE NO DISPARÓ NI UNA SOLA BALA

POR VICTORIA
GALLARDO MADRID

Siendo todavía un niño, el periodista y escritor J. R. Moehring (Nueva York, 1964) ya conocía bien el nombre de Willie Sutton. A veces, lo escuchaba en una conversación entre adultos. Otras, lo leía en

la portada de algún periódico. Ese nombre solía remitirle siempre a un borroso embrollo de flashes y titulares. A escenas frente al televisor que lograba recrear con escasa nitidez. Tenía solo

cinco años cuando Sutton salió de prisión la Nochebuena de 1969, 12 cuando el atracador de bancos más elegante de la historia publicó sus memorias, un volumen que Moehring encontró por casualidad en algún rincón sin definir de su casa. «Lo cogí e intenté darle un sentido, pero aquello no encajaba con mi mentalidad de *boy scout*», confiesa el escritor. ¿Un ladrón de bancos que escribe una autobiografía? ¿Y que se retrata a sí mismo como un héroe? Esa fue, en un primer momento, la prematura lectura que hizo de aquellas páginas.

La fría mañana en la que es puesto en libertad, Sutton viste el traje de civil de color negro que le ha hecho el sastre de prisión. En el bolsillo, guarda dos cheques. Uno es de 146 dólares, su salario por los trabajos realizados en distintas cárceles durante

17 años. El otro es de 40 dólares, el coste de un billete de autobús a Manhattan. Al día siguiente, Sutton pasa la mañana y la noche con un periodista y un fotógrafo que le acompañan a visitar los escenarios más importantes de su vida: desde el barrio en el que nació hasta algunas de las direcciones en las que llevó a cabo sus más célebres golpes. «Por desgracia, Sutton, el periodista y el fotógrafo ya no están aquí, así que lo que ocurrió entre ellos aquel día de Navidad, y lo que le ocurrió a Sutton durante los 68 años anteriores, son sólo suposiciones», apunta el escritor.

Tras el éxito cosechado con títulos como *El bar de las grandes esperanzas* y con un Premio Pulitzer en su haber, Moehring se ha encargado de trazar, entre saltos temporales y guiños periodísticos, un redondo

retrato del conocido atracador, que alcanzó la fama por la pulcritud de sus golpes. Jamás disparó ni una sola bala. Una ley no escrita le impedía hacer uso de la violencia, como también le impedía seguir adelante con el asalto si, en su transcurso, una mujer embarazada se desmayaba o si un niño lloraba. *A plena luz* (Duomo Ediciones) es, en palabras del autor, «una conjetura, pero también un deseo». En términos de la editorial, «una historia que dura una vida». La de Sutton, con los años de la Gran Depresión como telón de fondo, estuvo marcada por sus constantes entradas y salidas de la cárcel. Logró escapar hasta de tres prisiones de máxima seguridad y pasó varios años esquivando a los policías y agentes del FBI que iban tras la pista de aquel asaltante que «llegó a ser un Henry Ford

pasado por John Dillinger, con toques de Houdini y de Picasso». Más listo que mitos para filtrar y jugar con la realidad. Willie Sutton era inmoral o amoral, eso es un hecho, pero llegó a convertirse en un símbolo para muchas personas. Era el hombre al que ninguna prisión podía retener», asegura el escritor. «Incluso el gran Saul Bellow escribió sobre él. En un largo pasaje, lo definió como un genio y como uno de los mejores escapistas de todos los tiempos».

Así fue como Sutton llegó a convertirse es una especie de héroe. Un Robin Hood urbano que no tuvo más enemigos que los bancos. «Todo el mundo está en guerra con la sociedad. Todo el mundo está en guerra con todos

Entre sus captores
Al ladrón Willie Sutton,
a la izquierda entre
varios policías que lo
consiguieron arrestar, le
solían llamar El Actor,
porque era un maestro
del disfraz.
/ GETTY IMAGES

los demás», dice el protagonista de la novela en un momento dado. «En cualquier trabajo, tienes que imponerte a alguien, tienes que ser mejor que alguien. Apoderarte de cosas que no te pertenecen. No hay otra forma de sobrevivir. Así funciona todo. Todos robamos a todos».

Con la misma naturalidad con la que se enfundaba sus disfraces de encargado de mantenimiento, policía o cartero, a lo largo de sus ocho décadas de existencia, Sutton tejó con soltura una enrevesada madeja de recuerdos, relatos y contradicciones que Moehringer se ha encargado de desenredar. Cuentan que se empapó de todo lo publicado sobre él hasta la fecha, que husmeó en los archivos policiales y que, incluso, accedió a una celda como en la que Sutton pasó varios años de su vida.

«La realidad y la ficción existen la una junto a la otra», argumenta el escritor. «La frontera es más porosa de lo que reconocemos. A menudo, lo que tomamos como real luego resulta ser ficción. Y viceversa. Cuanta más realidad experimentemos, en mejores lectores de ficción nos convertimos. Y cuanto más buena ficción leemos, mejor entendemos la realidad. Ambas están entrelazadas en la urdimbre y en la trama de nuestras vidas».

En la novela, la última celda que ocupa Sutton se describe repleta de libros. Dante, Platón, Shakespeare o Freud son algunos de los autores que copan el lavabo y alfombran el suelo. En los periodos de aislamiento, en los que no le están permitidas las visitas, ni las cartas ni la radio, se promete a sí mismo que, si logra salir de aquella oscuridad, memorizará

libros y poemas para tenerlos siempre en su cabeza, por si acaso. Cuando los guardias entran a buscarlo para ponerle en libertad, encuentran a su ocupante escribiendo. Para Moehringer, la escritura, como cualquier otro oficio, exige ciertos sacrificios que, en su caso, asegura asumir con gusto. De su otra profesión, la de periodista, dice haber aprendido la importancia de escuchar. «Esa es una gran parte de lo que haces todos los días: sales al mundo y escuchas a la gente. Así adquieres respeto por sus luchas, sus penas, sus ideas. Luego, intentas transmitir todo eso con precisión a la hora de escribir sus historias. Desearía que todos pudieran pasar unos meses como periodista. Restauraría la fe en esta profesión tan poco apreciada y, tal vez, pondría fin a todas estas tonterías sobre las *fake news*», sentencia.

En un tiempo en el que «el iPhone es el nuevo confesionario», Moehringer reivindica las relaciones interpersonales como el verdadero salvavidas. Así lo pone en boca de Sutton en uno de los pasajes: «Uno solo está vivo cuando está enamorado. Es por eso que casi todas las personas parecen medio muertas». Una frase con la que el escritor asegura estar más que de acuerdo. «Todos los días necesitas amar a alguien o a algo. Si no, ¿de qué sirve estar vivo?». Por eso, cuando se le pregunta si hay finales felices fuera de las novelas, responde de la siguiente forma: «¡Por supuesto! No debemos pensar en ese *The End* como un acontecimiento único que llega perfectamente al final de la vida. Podemos cerrar cualquier semana, día y hora con una sonrisa. Podemos decidir dónde dibujar los marcos alrededor de nuestras historias. Podemos elegir nuestros finales».



Lili Reinhart, Jennifer Lopez, Keke Palmer y Constance Wu en una escena de 'Estafadoras de Wall Street'. DIAMOND FILMS

Lorene Scafaria.
La directora de
'Estafadoras de Wall
Street' explica por
qué su película rebato
todos los clichés del
cine de 'strippers'. Fe-
minismo que explota

«EL CAPITA- LISMO CRIMINA- LIZA A LA MUJER»

POR LUIS
MARTÍNEZ MADRID

Desde su presentación en el pasado Festival de Toronto, *Estafadoras de Wall Street*, que se estrena este viernes, cuenta sus apariciones públicas por desmayos. Desvanecimientos de la crítica ante el atrevimiento (calculadamente ambiguo) de la directora, mareos de las almas sensibles ante la contundencia muscular (y de la otra) de Jennifer Lopez y lipotimias generalizadas ante el despliegue de accesorios (bolsos sobre todo) que brillan. Una de las primeras escenas de la película coloca a Lopez en

el estrado con una barra vertical a, ante, bajo, cabe, en, entre... las piernas (*pole dance* lo llaman). Suena *Criminal*, de Fiona Apple, y, en efecto, abruma en su refutación sin prejuicios de la ley de gravedad. Barra libre.

Toma la palabra Lorene Scafaria (Nueva Jersey, 1978), la responsable de todo esto, y lo hace con un tono de voz que se diría contradictoriamente pausado. «Las películas de *strippers* siempre han ofrecido el punto de vista masculino. Mi idea era mostrar a las mujeres libres de cualquier sentimiento de culpa o vergüenza. Hacen lo que hacen para vivir. Es su trabajo», dice, se toma un segundo, y continúa: «Ramona, el personaje de Lopez, toma el control no sólo de la escena sino también de la propia audiencia. Es imposible no sentir su poder. Ella está al mando». Y en la última frase, aunque sin levantar la voz, demuestra claramente que la que habla también.

Para situarnos, la película cuenta la historia publicada en 2015 en el *The New Yorker* (real, por tanto) de unas bailarinas de *striptease* desde su acelerado éxito en los mejores momentos de la desregulación financiera, de los 80, la de, otra vez, la

barra libre. Ellos triunfan a lomos de los bonos basura y la cocaína, y ellas se llevan su parte enseñando, literalmente, el culo. Y así hasta llegar a la crisis de 2008. Entonces, con los mercados hundidos y los clubes vacíos, las compañeras cambian de estrategia. Ahora, el negocio consiste en drogar, robar y estafar a los hombres. «Este país es un enorme club de *striptease*. Tienes gente arrojando dinero y gente bailando a su ritmo», se escucha.



Lorene Scafaria, directora
de 'Estafadoras...'. EFE

«El capitalismo», sigue ahora Scafaria, «facilita que los pobres sigan siendo pobres y enriquece aún más a los ricos. O por lo menos así ha sido estas últimas décadas. Creo que era interesante explorar y contar la historia de unas mujeres que se aprovecharon de las reglas

de un sistema que las criminaliza y que sólo las valora por sus cuerpos». Queda claro.

Cuenta Scafaria que cuando empezó a proponer la película a diferentes estudios la primera respuesta fue un claro y contundente no. Y se explica: «Creo que la negativa es consecuencia de que en general todos estamos acostumbrados a que los personajes sean blancos o negros. Pone nerviosos a los productores no saber si están a favor o en contra». Y sigue: «Mi película está protagonizada por mujeres que hacen cosas cuestionables. Para que una película sea considerada feminista las mujeres no tienen que ser héroes perfectos o modelos morales». Y ahí, sin duda, cuesta llevarle la contraria.

Sea como sea, Scafaria está convencida de que las cosas han cambiado. «Mi película no está conectada directamente con el movimiento *MeToo*, pero el ambiente ya es diferente. Confío en que se rompa un esquema de pensamiento en el que las mujeres son valoradas por su belleza y su cuerpo, por el sexo y la maternidad; y los hombres, por el dinero, el éxito y el poder. Eso es un cambio que afecta a toda la cultura». Lo dicho, feminismo que explota.